

Federico García Lorca en Albacete.

Por Matías Gotor y Perier

Paco Fuster Ruiz, me insta, me insiste para que escriba sobre el viaje de Federico García Lorca a Albacete. No puedo, ni quiero y hasta creo que no debo, negarme.

Fue en Julio de 1933. Llegaba Federico, a éste nuestro Albacete, con "La Barraca", teatro ambulante que capitaneaba con Ugarte. Llegaba con sus 35 años a la espalda, lleno de vitalidad y alegría. Ya había estrenado "Mariana Pineda", "Amor de don Perlimplín" y la deliciosa farsa "La Zapatera Prodigiosa" y estaba trabajando en "Yerma", la tragedia de la esterilidad, que obtuvo poco después un gran éxito. (Un inciso; me gustaba más la clara y primitiva versión escénica que la posterior, torturante y sofisticada, que dio Nuria Espert). En 1928 se publicó su "Primer Romancero Gitano", en Ediciones de la Revista de Occidente —así se llamaba en su primera edición—, que produjo sorpresa y admiración, y "Poema del Cante Jondo", que tengo por él dedicado, con una poesía manuscrita.

Debía saber de la existencia de nosotros, Pepe Serna, Eleazar

Huerta, yo...; el caso es que vino a Albacete y fue a buscarnos o fuimos nosotros a él; que más da.

En una noche hermosísima, paseamos por el Parque, hablamos, hablamos... del "hecho poético", decía, inexplicable y antilógico, pero lleno de intuiciones y resonancias —"la música callada", "la soledad sonora", "el ciervo vulnerado"—, de San Juan de la Cruz; "huésped de las tinieblas", de Bécquer, un pequeño hilo de agua pero con qué pureza y frescura, aseguraba; "el agua de las alondras", de él, y aún no había surgido otro, "la nevada lilibal de esbeltos dientes", de Miguel Hernández, y de otros más. Y de Unamuno, y de Antonio Machado, y de Lope, y de Calderón, y de Góngora, y de Quevedo, y del granadino, Soto de Rojas, en cuyo homenaje, Federico intervino.

Era todo él, de un entusiasmo y de una ilusión por todo, desbordante, "del agua, del viento, de las cosas más sencillas", que después, diría Pablo Neruda.

Hablando de su romance gitano, "Antoñito el Camborio", le dije —quizá debí callarme—, y no le